

CAPÍTULO QUINTO.



Dispersión de los romeros.—Su visita á la Exposición.—Descripción del local.—Departamento de Austria-Hungría.—Provincias de la Italia meridional.—Jarlín del centro.—Sala de las pinturas.—La ciudad de Roma.—Italia central.—Italia septentrional.—Alta Italia.—Sala de las Columnas.—El Nuevo Brazo.—Sección francesa.—Alemania.—Galería de los Candelabros.—Galería de los Mapas.—Departamento de los vinos y sustancias alimenticias.—Galería de la Zitella.

HEMOS venido refiriendo detalladamente los actos oficiales, digamos así, de la Peregrinación, y los demás colectivos en que tomó parte la Romería en cuerpo, así como los en que fué representada por algún pequeño grupo de sus individuos. Llegaba el tiempo en que debían separarse los que una vez llenado el objeto principal de su viaje, irían á recorrer otros lugares de Italia y otras naciones de Europa. Cerca de medio centenar debían separarse definitivamente de sus compañeros para regresar á la patria, siguiendo diverso itinerario que el fijado en el programa de la Romería: muchos saldrían de Roma para visitar otros países, con propósito de volver á reunirse oportunamente con sus hermanos en la Ciudad Eterna. Estos fueron el mayor número, y el menor el de los que nos propusimos permanecer en la Capital del Mundo Católico, visitando sus monumentos.

Antes de dispersarnos de esa manera, sin habernos dado cita, nos encontramos un día reunidos casi todos en el local de la Exposición Vaticana. Importante fué esta visita y vamos á dar cuenta de ella, condensando en una sola relación

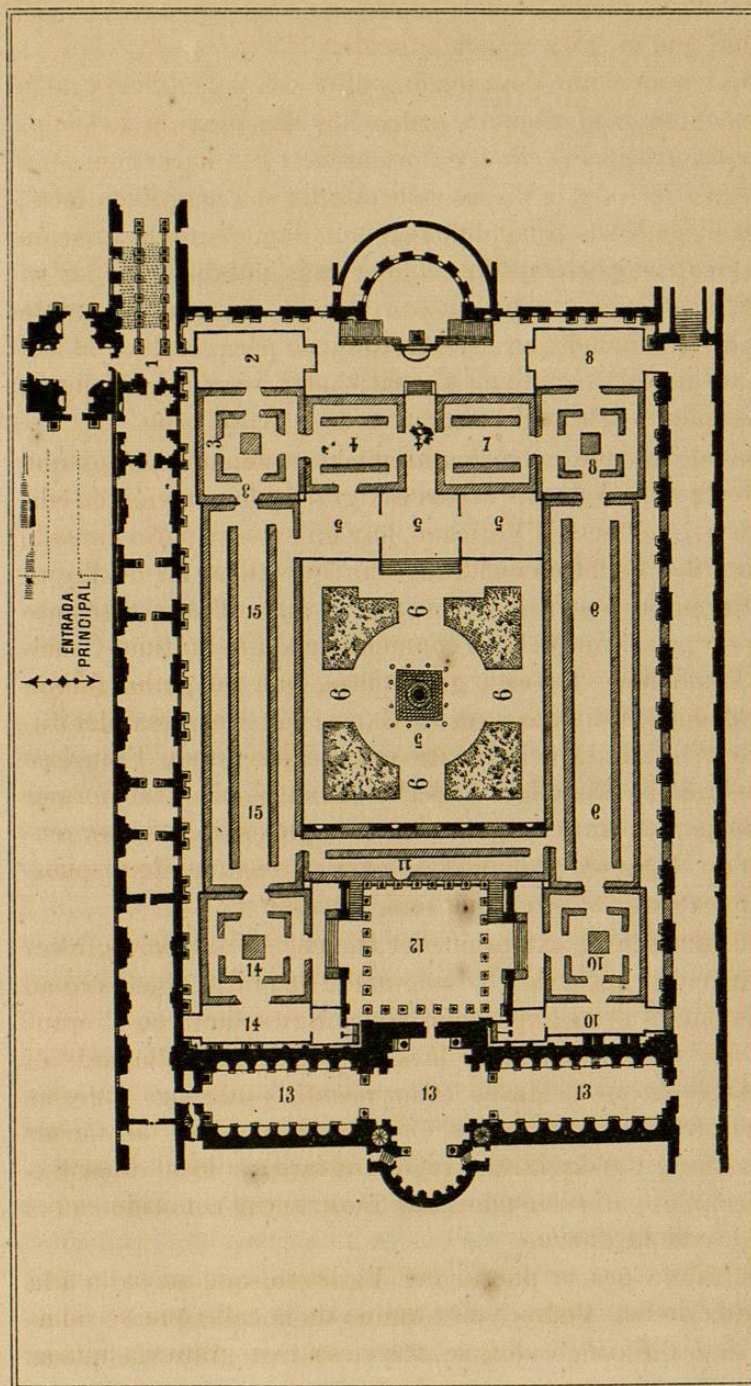
todo lo que vimos no sólo en esa, sino en otras tres excursiones que hicimos separadamente.

No haremos una descripción minuciosa del edificio y de lo que contenía; ni siquiera podríamos dar idea de todos los objetos principales. Nos conformaremos con hacer conocer á nuestros lectores la disposición interior del magnífico local, y recorriendo sus espléndidos salones, llamaremos la atención solamente respecto de los objetos más notables, ya por su mérito artístico, ya por su considerable riqueza. La planta que acompañamos, nos ayudará mucho para conducir al lector al soberbio recinto en el cual vamos á ver á la Religión exaltando el arte y al arte honrando á la Religión.

Sabido es que entre los amplísimos departamentos que encierra dentro de sus muros esa gran aglomeración de edificios que se llama el Vaticano, hay un extenso patio llamado *de la Piña*, de forma cuadrangular, que tiene en medio un jardín en cuyo centro se levanta el magnífico monumento erigido por León XIII en conmemoración del último Concilio Eucuménico. En esta gran plaza, que no patio, fueron instalados los salones para la Exposición Universal del Jubileo; y la inteligencia de los arquitectos Conde Francisco Vespignani y Caballero Federico Manucci, hizo transformar como por encanto en pocos meses aquel sitio, en una reunión de elegantes y amplios salones perfectamente dispuestos para servir al uso á que se destinaban.

Insuficiente la extensión del inmenso patio para ofrecer la capacidad que exigía la colocación de tantos objetos como formaban la gran Exposición, única hasta ahora en el mundo, fué necesario ocupar la soberbia estancia llamada el *Nuevo Brazo* en el Museo *Chiaramonti*, y algunas galerías superiores, como la de los *Candelabros* y la de las *Cartas geográficas*; y todavía se agregó más tarde al local de la Exposición, el patio llamado *Della Corazze* y el conocido con el nombre de la *Zitella*.

Entrando por la puerta del Vaticano, que se halla á la espalda de San Pedro, y al término de la calle que se nombra *de los Fundamentos*, se atraviesa una gran vía que se



EXPOSICION VATICANA.
PLANTA DE LOS EDIFICIOS PRINCIPALES.

forma con las paredes del Palacio Vaticano á la derecha, y las que cercan los jardines pontificios á la izquierda. Cierra esta vía un pórtico de estilo griego, hecho de madera; es la entrada á la Exposición. Pásase de allí á un hermoso vestíbulo adornado con bellas columnas y una hermosa jardinera con plantas vivas en el centro.

Inmediatamente se entra en el departamento de los dones de Austria-Hungría, que está marcado en el plano con los números 2 y 3. Asombra ver la multitud y variedad de objetos que de esta sola nación fueron enviados al Santo Padre. Resplandecientes de oro, plata y pedrería los numerosos escaparates, ostentan unos á millares los utensilios sagrados de servicio de altar, como custodias, cálices, copones, patenas, vinajeras, etc., etc. Por centenares se cuentan las vestiduras sacerdotales de ricas telas y exquisitos bordados. Entre esta multitud de artículos de Iglesia, que los más sencillos tienen gran mérito artístico, descuellan otra porción de obras notabilísimas de arte, como un cuadro que representa los cuatro principales Santos de la Nación Teutónica, donativo de las señoras húngaras, un bellissimo transparente de cristales de colores con el retrato de León XIII, una pequeña estatua de plata de San Francisco de Sales, un ingenioso campanil con campanas de diversos tamaños, arregladas á rigurosa escala musical, un cuadro representando el Arcángel San Miguel, una magnífica estatua de Cristo después de muerto, una colección preciosísima de minerales, un altar magnífico en el cual son notabilísimos por su riqueza de ornamentación y por su elegancia los seis candeleros y la cruz que lo adornan. Y todavía hay que admirar recorriendo estos salones, tres magníficas vidrieras, una destinada para adornar la *Scala regia* en el Vaticano y la otra para colocarla también en dicho palacio, que representa un San Agustín; la tercera, que figura la Adoración de los Magos, es bellissima y procede de la asociación de obreros de Viena. Hay una sección de altares portátiles para misioneros. Llamaman la atención dos cuadros preciosos, una *Mater dolorosa*, mosaico griego, copia de autor clásico, y un grupo de una

madre con su hijo en los brazos: el primer cuadro se halla dentro de un riquísimo marco de metal, de admirable cinceladura. Cuelgan de las paredes cinco soberbios tapetes, uno de ellos figurando un antiguo mosaico, obra de tapicería de primer orden.

Saliendo de esta sección, éntrase en las de Italia. La primera, marcada en el plano con el número 4, encierra los dones de las provincias meridionales, señaladamente Sicilia y Cerdeña. Acaso menos abundante en objetos, es rica en preciosidades artísticas y es mucho más variada. Lo primero que se presenta á la vista es un gran relicario, especie de templete de filigrana de plata, obra la más acabada de platería. En un gran escaparate brillan espléndidamente muchedumbre de paramentos sagrados de diversos estilos y de admirable belleza.

La Diócesis de Nola se distingue en este departamento por un hermoso cuadro de San Paulino. Otro cuadro procedente de la misma Diócesis representa la casa de las Hermanitas de los pobres y otro la vista del Seminario de Nola, obra grandiosa del artista Vanvitelli.

De Angona procede una estatua de plata representando á San Andrés Avelino, patrón de la Diócesis.

La de Mileto ofreció una cantidad de tela de finísimo damasco de la conocida fábrica *Bianchi* y un velo para tabernáculo, elegantemente recamado de oro.

El Obispo de Castellamare presentó un cuadro de Tapicería de gran mérito, representando al San Miguel que corona el Castillo de San Angelo.

Entre los dones de Capua se distingue una riquísima casulla blanca cubierta de elegantes arabescos y flores antiguas, tejida de oro y plata.

Entre los regalos de Aquino se distingue la estatua de Santo Tomás, semejante á la que se venera en la Catedral de aquella Diócesis.

Figuran como muy notables entre los muchísimos regalos procedentes de la ciudad de Nápoles, los siguientes: Un escritorio de estilo bizantino, curiosamente tallado, descan-

sando sobre elegantes columnas espirales; una gran taza china que llamó la atención de los inteligentes; un lecho de madera, industria especial de Sorrento; una copia en bronce del monumento erigido en honor de San Francisco de Asís en Nápoles.

Palermo regaló el magnífico Misal de Ratisbona con miniaturas preciosas y muy elegante y rica encuadernación de finísima piel, decorada con exquisita ornamentación de plata.

La Diócesis de Trapani, exhibió una obra artística de raro mérito, un Crucifijo de marfil con cruz de plata perfectamente cincelada.

La Archidiócesis de Nápoles presentó una silla de manos, obra sin igual de ebanistería, decorada con preciosas tallas y guarniciones de plata.

De Sorrento procede un magnífico reclinatorio que ha ejercitado ya el buril de los grabadores; el dibujo y la talla son de una acabada perfección.

Muchas páginas emplearíamos si prosiguiésemos mencionando, que describirlos sería imposible, los otros muchos objetos que contiene esta sección italiana, comprendida en el salón marcado con el número 4 y el que le sigue con el 5. Nos detendremos en este último para admirar entre multitud de obras de curiosidad y de arte, una barca ofrecida por la ciudad de Castellamare de Stabia, elegante embarcación hecha de maderas preciosas, que puede servir de modelo para construcciones navales de su género; un cuadro al óleo que representa una procesión religiosa en Catania en el año de 1886, y un curiosísimo reloj hidráulico, semejante al que existe en el paseo del Pincio en Roma; por último, la variada y asombrosa colección de conchas de la Diócesis de Taranto, que contiene 112 clases diferentes y se hallan colocados los ejemplares á la vez que con estudio científico y en orden admirable, con cierta elegancia y simetría que dan al cuadro un aspecto bellissimo.

Antes de salir de estos salones, se pasa al jardín, que está designado con el número 6, para oír las preciosas sonatas

que produce el ingenioso campanil que allí se halla instalado, y que es movido por un aparato eléctrico. Mucho llamó la atención de los visitantes este curioso mecanismo.

Fatigados de venir recorriendo los inmensos salones que hemos atravesado, siempre oprimidos por la muchedumbre y bañados en sudor, entremos en un vasto y elevado salón llamado de las Pinturas, que nuestro plano designa con el número 7. Respirando una atmósfera menos densa y libres de las apreturas y empellones, aprovechemos los lugares que están desocupados en un grande y elegante diván que se halla en el centro, y gocemos á la vez que del descanso que proporciona una cómoda postura, del encanto que produce á los ojos la vista de los soberbios cuadros que decoran las paredes de la magnífica estancia.

Tenemos delante uno de los más bellos lienzos del arte moderno, el cuadro de Francisco Grandi, ofrecido á Su Santidad por los Camareros secretos y por los de Capa y Espada. Representa á León XIII sentado sobre la cátedra de San Pedro. Agrúpanse á su derredor la Virtud, bajo cuyos auspicios la Religión protege las artes y las ciencias, mientras la Historia prepara á la posteridad las páginas inmortales de sus obras. Bella la entonación del cuadro; correcto el dibujo; irreprochable el parecido del Papa; apropiada y natural la expresión de las figuras; esmerado el estudio de las ropas; el donativo de los Camareros es una obra de arte, que bien puede figurar en el Museo de Pinturas del Vaticano.

Dirijamos ahora la vista á la izquierda, y veremos otro cuadro sorprendente salido del pincel de Loveini, ofrecimiento del Obispo de Bergamo. Poético y conmovedor el asunto, atrae las miradas del espectador, inspirando un sentimiento de veneración hacia el mártir San Alejandro, cuyo cadáver sin cabeza yace tendido á lo largo en el pavimento de un pórtico; á la vez que se experimenta la mayor simpatía hacia una noble y piadosa dama, Santa Grata, que ha recogido el precioso miembro separado del tronco, y estrechándolo contra su pecho eleva los ojos al Cielo en actitud de dolor profundo y de fervorosa oración; un ejército nume-

roso de ángeles asisten al tierno espectáculo, trayendo el primero de los celestes espíritus, la corona y la palma con que ha de hacer en la Gloria su triunfal entrada el mártir de la Fe. Severa, como al asunto corresponde, la entonación del cuadro, el colorido es vivísimo, el dibujo grandioso y la expresión indefinible en gracia y naturalidad. El conjunto desde luego revela una gran composición, no obstante que las figuras principales son dos solamente. Profanos en el arte, no hemos dejado de experimentar á la vista del cuadro los sentimientos naturales y religiosos que inspiraron sin duda al artista; prueba clara de que éste supo desempeñar con inteligencia el asunto que trasladó á la tela.

Pasaremos ahora al lado opuesto del diván para ver y admirar otro cuadro que ha sido reputado como una gran joya artística de la Exposición; la Judith de Pedro Aldi, obsequio de la Sociedad del Sagrado Corazón. Es una grandiosa composición, en la cual se presentan centenares de figuras que, si bien no todas aparecen en totalidad porque se hallan reunidas las más en apretado grupo, siempre un buen número de ellas se deja ver de la cabeza á los pies en diversas actitudes y posturas, dominados respectivamente por sentimientos que debían experimentar amigos y enemigos en los momentos en que la valerosa Judith acaba de extraer de un saco conducido por una esclava, la cabeza de Holofernes y la muestra al pueblo de Betulia. Este la mira asombrado y contento de saber que había dejado de existir el tirano que le oprimía, á la vez que los soldados de Holofernes aparecen llenos de espanto y poseídos de terror viendo la ensangrentada cabeza de su jefe. La intrépida judía dominando el cuadro, colocada de pie sobre una plataforma elevada, dirige la palabra á su pueblo, demostrando en su noble actitud, que comprende toda la importancia y trascendencia del hecho heroico que acaba de ejecutar.

Tan interesante como es el asunto elegido por el artista, es maravilloso el desempeño de la obra. De fuertes tintas; lleno de movimiento y expresión; dibujado con esmero y acabado en todos sus detalles, el cuadro de Aldi ha hecho

la admiración de los visitantes, y apenas dado á luz había sido reproducido por varios grabadores.

Tanto como llaman la atención los tres cuadros cuya ligera descripción dejamos hecha, son objeto de general admiración los marcos que los adornan. Es indescriptible la belleza y elegancia, el lujo de molduras y la perfección del dorado, principalmente en el de Santa Grata. No contribuye poco á dar realce y brillo á las grandes obras de pintura, el artificio de los marcos que las encierran, y en esto es necesario reconocer que el arte moderno ha superado con mucho al antiguo. El marco del lienzo de Loveini vale tanto como la pintura, bajo el punto de vista del mérito artístico.

Valioso y de rara belleza es un precioso mosaico ofrecido por la Archidiócesis de Florencia. Representa la Oración del Huerto, y lo resguarda un riquísimo marco de bronce dorado. Es una de las exquisitas joyas de la Exposición.

Varias esculturas muy notables encierra esta sala, y mencionaremos dos que han merecido muy buenas calificaciones. Una es la estatua en bronce de Santo Tomás de Aquino, regalo de la Orden dominicana, y otra la de San Lucas, también de bronce, obsequio de la insigne Academia de San Lucas.

Pasemos á la sala llamada quinta, que en nuestro plano está marcada con el número 8. Vamos á recrear la vista con los magníficos dones de la ciudad de Roma. Innumerables como son los objetos que esta sala contiene, señalaremos algunos de los principales solamente.

Lo que llama primero la atención, es sin duda el gran cuadro del retrato de León XIII, obra muy bien acabada del pintor Ugolini; pero más que la pintura, que ha sido calificada muy favorablemente por los artistas, excita la admiración el magnífico y soberbio cuadro que la adorna. No puede imaginarse mayor lujo de ornamentación, más acabada ejecución de molduras, más elegancia ni mejor gusto en los contornos, más perfección en el dorado. Decididamente en su género es la obra de más mérito que fué presentada á la

Exposición, y nótese que en este arte fueron exhibidas obras de singular belleza.

No menos por las molduras y tallas que por la riqueza de las telas y sus bordados, es notable el trono papal, obsequio de las Asociaciones artísticas católicas de Roma.

Regalo verdaderamente regio es la escribanía de plata y oro que ofrecieron á Su Santidad los oficiales del ejército pontificio. Obra maestra de orfebrería, es valiosa además por las materias de que se compone, plata y oro cincelado con engastes de piedras preciosas; está coronada con una bellísima estatua de San Miguel teniendo á Lucifer á sus plantas.

Una pieza notabilísima de ebanistería fué ofrecida por el Instituto Pío IX Artigianelli de San José en Roma. Es una especie de retablo afectando la forma de una elegante portada con tres nichos; en el del centro está la imagen de San José, y un ángel de cuerpo entero en cada uno de los laterales: sobre una elegantísima cornisa que descansa en un bello arquitrave, se ven graciosamente sentados dos genios que sostienen el escudo del Papa coronado con la tiara y las llaves. Todo el retablo es de madera de nogal tallado á la perfección y con tal artificio, que aparece hecho de una sola pieza y como vaciado en un solo molde.

Es admiración de los inteligentes un modelo ejecutado en yeso de una estatua de Santo Tomás de Aquino por el escultor Aureli. La expresión de la cara del santo es verdaderamente inimitable y las ropas hacen recordar las del *Moisés* de Miguel Angel.

Otra obra de arte de gran efecto artístico y de ejecución admirable, á la vez que de extraordinaria riqueza, es el frontispicio de altar, obsequio de los príncipes Torlonia. Está construido en piedra dura con incrustaciones de ágata sobre fondo de lapislázuli y adornos de metal, estilo del siglo XVI.

Notable es por la ejecución artística un pequeño desayuno de plata y oro en cuya charola se halla cincelado el disco de la hora universal que formó el astrónomo Galli di Velletri